

TIC...

Curiosamente para mí, el tiempo no era lo único que pasaba en aquella estación. Gente. Trenes, claro. Bicicletas. Todos ellos me rodeaban, haciendo ruido, mirándome, ignorándome. Pendientes de sus propias vidas. O de sus propias vías, en el caso de aquellas máquinas feroces y alargadas que acometían contra la estación con la velocidad y la furia de un toro. Ellos eran mis favoritos. Mi familia.

Aun así, las personas también me han llegado a inspirar afecto. Aquella señorita que siempre pasaba a las 3:24 de la tarde, vestida con ropa deportiva y empujando una bicicleta. Aquel muchacho, sufridor del peso de los libros en su mochila, que me miraba siempre sobre las 2:25 de los días entre semana. Recuerdo cierta ocasión en la que el joven se retrasó más de dos horas. Estuve esperándolo, inquieto, hasta que llegó, mirándome con ansiedad y cambiando el peso de un pie a otro.

No recuerdo haber vivido en otro sitio que no fuera la estación. Supongo que no nací allí pero, para mí, era el único hogar conocido.

Además, era útil. No solo lo era, sino que también lo sentía en mi interior, lo que suele ser más satisfactorio. En muchas ocasiones, las personas maldecían al verme; otras, se iban apresuradamente, o se sentaban con impaciencia. No obstante, nada de eso importaba. Yo trabajaba sin cesar, marcando el tempo de la ajetreada estación. Cabe mencionar que no solo veía a gente blasfemar y a trenes bramar. Los mejores momentos del día llegaban cuando los ferrocarriles detenían sus motores. Abrazos. Besos. Muestras de cariño y amor. Amor de todas clases, no se crean. Padres que recogen a sus hijos, viejos amigos que se encuentran, parejas de enamorados. Amor, tan presente que casi era algo físico, palpable.

En cierta manera, siento envidia de aquellas personas cuando lo recuerdo. Yo nunca tuve eso, ni podré tenerlo ya. Estoy viejo y ajado, pues estuve en la estación desde su apertura. “Los tiempos cambian”, oí decir al encargado. “Necesitamos uno más moderno”. Mi desgastado interior dio un pequeño vuelco, lo recuerdo perfectamente. Eran las 11:53:17. Uno de los hombres a los que yo apreciaba subió hasta la soledad de mi posición.

Impotente, me vi obligado a contemplar, mientras mis manecillas corrían impasibles, cómo el señor desatornillaba los enganches que me mantenían sujeto a la pared. “¡No!”, quise gritar, “¡Aún soy útil!” Pero una de mis carencias me cayó como una losa, algo aparentemente obvio que yo, ingenuo, me forzaba a olvidar: no tengo boca, ni cuerdas vocales, ninguno de los

órganos necesarios para poder articular palabras. Solo hierro, cobre. Metales rígidos. Y, sin embargo, soy terriblemente consciente de mi consciencia, de mi ser. Y, sobre todo, noto el tiempo. El mismo que yo marco. El mismo que hizo que me arrancaran del lugar que más amo.

Ahora no sé dónde estoy. Me doy cuenta de que en ocasiones me fallan los engranajes, así que desconozco, por primera vez desde que fui forjado, la hora que es. Estoy rodeado de objetos inservibles, que otrora fueran prácticos, pero que ahora no son más que chatarra. Como yo. Pero no puedo comunicarme con ninguno. Estoy solo. Solo. ¡Oh, la soledad, esta cruda soledad...!

...TAC